

llegue á ser un excelente tonelero, pues nadie me convendría mejor que él para yerno! . . . Pero, querido señor, ¿por qué atormentarme con tan extrañas preguntas? Ved cómo nuestra charla alegre ha cesado y nuestros vasos permanecen llenos. No hablemos ya de Rosa ni de su casamiento, y bebamos á la salud de vuestro hijo, que, según se dice, es un guapò gentilhombre.”

Diciendo estas palabras, Maese Martín tomó su vaso; Paumgartner siguió su ejemplo, diciendo: “Cesen todos estos discursos inútiles. ¡A la salud del joven señor!”

Spangenberg bebió lo mismo que ellos y dijo con una sonrisa forzada: Estoy cierto de que creeréis que yo os he hablado en tono de chanza, puesto que en mi hijo, que puede escoger esposa en las más nobles familias, sería una locura imperdonable que se olvidara de su rango y de su nacimiento para unirse á vuestra hija. Con todo, Maese Martín, hubierais podido contestarme de un modo más cortés y amistoso.

—¡ Ah! monseñor, replicó el tonelero, no hubiera podido contestaros de otro modo, aun suponiendo que lo que habéis dicho en tono de chanza hubiese pasado real-

mente. Perdonad mi orgullo. Vos mismo debéis conocer que soy el más hábil tonelero que existe en muchas leguas á la redonda; que lo entiendo en esto de conservar el vino; que siempre he permanecido fiel á las excelentes ordenanzas del Emperador Maximiliano, cuya alma Dios tenga en su gloria; que me horroriza toda acción mala y que jamás quemó en mis grandes toneles sino el azufre rigurosamente preciso para conservarlos. Debeis conocer todo esto, mis queridos señores, al gustar de mi vino.”

Spangenberg procuró serenar su semblante, y el consejero dió nuevo giro á la conversación; pero, así como las cuerdas de un instrumento, si han sido destempladas, se resisten á la mano del maestro que procura hacerlas producir sonidos armoniosos, los tres ancianos inúltimente procuraron reanudar la conversación de un modo agradable. El caballero llamó á sus criados y con aire de mal humor salió de la casa de Maese Martín, adonde había entrado con alegría.

LA PREDICIÓN DE LA ABUELA.

Algo se turbó Maese Martín á causa de la retirada del gentilhombre, y dijo á Paumgartner, que después de haber vaciado su último vaso se disponía á salir igualmente: “No sé lo que significan las palabras del caballero, ni por qué ha parecido estar descontento.”

—Mi querido Maese Martín, contestó el consejero, sois un hombre digno y honrado y tenéis razón en apreciar lo que habéis hecho con la ayuda de Dios, así como el honor y las riquezas que habéis adquirido. Pero de ninguna manera es preciso manifestar tal sentimiento por medio de palabras fastuosas; esto es opuesto á los principios de un buen cristiano. Ya en la asamblea de los maestros habéis hecho mal en colocaros sobre el nivel de los demás. Admito que poseais en más alto grado que vuestros compañeros la inteligencia de vuestro arte. Pero mostrando así vuestra superioridad no podéis menos que excitar la envidia y el

descontento. Esta noche habéis puesto el colmo á tal movimiento de orgullo. ¿Sois tan ciego para desconocer que el caballero, al hablaros, como lo hizo, quería conocer por medio de una chanza hasta dónde lleváis vuestro orgullo y vuestra obstinación? El digno señor ha debido agraviarse al notar que no consideráis sino como un acto de ambición toda demanda de un gentilhombre, relativa á obtener la mano de vuestra hija. Sin embargo, todo hubiera pasado inadvertido si hubieseis adoptado otro lenguaje cuando Spangenberg hizo mención de su hijo, y le hubieseis dicho: “Cómo, mi digno señor! La honra que me proporcionaríais al presentaros con vuestro hijo, me haría quebrantar mis más firmes resoluciones.” Entonces el anciano Spangenberg, olvidando las palabras antes dichas, habría recobrado su buen humor y retirádose satisfecho.

—Hacedme reporoques, dijo Martín; muy bien los he merecido; pero cuando el caballero se puso á hacerme una proposición tan loca, me pareció que me asían por el peseuzo, y ciertamente no podía yo contestar de otro modo.

—Y luego, continuó Paumgartner, ¡vaya un proyecto singular el de no querer dar á vuestra hija sino á un tonelero! Queréis, según decís, confiar al cielo su destino futuro, y os oponéis caprichosamente á las decisiones de la Providencia, trazando de antemano el círculo estrecho en que debéis escoger vuestro yerno. Tal determinación puede causaros muchos pesares, y á Rosa lo mismo. Renunciad, pues, Maese Martín, á esas niñerías indignas de un cristiano, y dejad que el cielo inspire á vuestra hija los sentimientos que deba tener.

—¡Ah mi digno señor! replicó Martín en tono humilde, veo lo mal que he hecho en no decíroslo todo. Creéis que la alta estima en que tengo mi oficio es la sola causa de la resolución que he tomado de no casar á Rosa sino con un tonelero; hay sin embargo, otra causa singular, misteriosa. No puedo dejaros salir de casa sin que lo sepáis todo. No quiero que me guardéis rencor hasta mañana. Sentaos y concededme, os lo suplico, algunos instantes más. Ved que nos queda una botella de vino añejo despreciada por el gentilhombre en su des-

contento. Bebedla conmigo.” Tales instancias, poco habituales á Maese Martín, sorprendieron á Paumgartner, á quien pareció que el tonelero tenía sobre el corazón un peso, del cual quería deshacerse. Después que Paumgartner se hubo sentado, y luego que bebió un vaso de vino, Maese Martín comenzó á hablar en estos términos: “Sabéis que mi excelente mujer, después de haberme dado á Rosa, murió de resultas del parto. Mi abuela vivía aún, si puede decirse que vive una mujer cuando está ciega, sorda, apenas capaz de hablar, con todos sus miembros paralizados, y yaciendo de día y de noche en la cama. Mi Rosa acababa de ser bautizada y la nodriza la tenía en sus rodillas, en la misma alcoba donde estaba mi abuela. Yo me hallaba tan triste cuando veía á esta hermosa niña, y tan alegre y conmovido al mismo tiempo, que me era del todo imposible trabajar, y pasaba muchos ratos cerca del lecho de la anciana, que me parecía feliz por hallarse libre de todas las agitaciones terrestres. Mientras yo contemplaba su rostro pálido, comenzó á sonreírse de un modo particular; me pareció que sus arrugas se desvanecían

y que sus mejillas recobraban los colores de otra edad. De repente se levantó como animada de una fuerza sobrenatural, extendió sus brazos paralizados por tanto tiempo, y exclamó con voz dulce y sonora; “¡Rosa!, ¡mi querida Rosa!” La nodriza se levantó y le llevó la niña, á quien la abuela tomó en sus brazos. Figuraos mi extrañeza, y aun pudiera decir, mi espanto, cuando se puso la anciana á cantar con voz alegre esta canción, del género de Juan Berkler, mesonero del Espiritu Santo en Estrasburgo:

“Hermosa Rosita, de frescas mejillas,  
Escucha mi voz,  
Y que aleje el acento materno  
De tus horas, la pena, el dolor.  
Costumbres sencillas  
Abriga, Rosita, y no en tu carrera  
Te muestres ligera;  
¡Sé fiel á tu Dios!

Alegre una casa tendrás algún día  
Regada por fuentes de mágico olor,  
Y en ella angelitos habrá que á porfía  
Te canten en coro de blanda armonía  
Piadosos afectos, la fé y el amor.

A aquel que te traiga la casa, le entrega  
Tu amor y tu fé;

A sus brazos llega  
Y su esposa dulcísima sé.  
Su casa á la tuya  
Tesoro abundante de dicha y riqueza  
Traerá con su amor:

Rosita, la de ojos azules cual cielo,  
Si cumples mi anhelo,  
Bendígate Dios”

Terminado el canto, dejó á la niña con precaución sobre la colcha de la cama, y poniéndole su mano trémula en la cabeza, murmuró palabras ininteligibles; mas, por la expresión piadosa de su semblante, se conoció que oraba. En seguida la abuela volvió á dejar caer su frente sobre las almohadas, y cuando la nodriza se llevó á la niña, exhaló un profundo suspiro y murió.

—Es una historia maravillosa, dijo el consejero, mas no veo por qué la canción de vuestra abuela haya podido haceros tomar la resolución de dar vuestra hija á un tonelero.

—¿Qué cosa hay más clara, sin embargo, respondió Maese Martín, que esas palabras pronunciadas con tono inspirado por la anciana en el momento en que iba á entregar

el espíritu? El novio que con su casa traerá á la mía riquezas, dicha, tesoros, ¿no será por ventura,, el hábil tonelero que venga á hacer acá su obra maestra, su brillante tonel? En qué construcción hay olas aromáticas sino en un tonel? Cuando el vino fermenta, hierve y forma una especie de murmurio: hé aquí á los angelitos que cantan alegres canciones sobre las olas. No, no, mi abuela no ha podido indicar un novio que no fuese maestro tonelero, y su predicción se ha de cumplir.

—Mi querido Maese Martín, replicó el consejero, os explicáis á vuestro modo las palabras de la abuela. En cuanto á mí, no acepto tal interpretación, y persisto en declarar que debéis abandonaros á la voluntad del cielo y á la inclinación legítima que aparezca en el corazon de vuestra hija.

—Y yo, contestó Mease Martín con impaciencia, persisto en declarar una vez por todas, que no admitiré por yerno sino á un buen tonelero.

Paumgartner estaba á punto de irritarse contra la obstinación de Martín; pero logró dominarse, y levantándose de su asiento, dijo: “Maese Martín, bastante hemos bebi-

do y platicado, y sería inútil prolongar la velada.”

Al entrar en el vestíbulo, vieron una joven con cinco criaturas, de las cuales la mayor no tendría ocho años, ni la menor seis meses. La pobre mujer lloraba y se lamentaba. Rosa salió á su encuentro, exclamando: “¡Dios del cielo! Valentín ha muerto, y hé aquí á su mujer y á sus hijos.”

—¡Cómo! ¿ha muerto Valentín? replicó Maese Martín conmovido. ¡Qué desdicha! ¡Qué desdicha! ¡Figuraos, mi querido señor, que Valentín era el obrero más hábil de mi taller, y un hombre honrado y un artesano activo. Hace algún tiempo que se infirió una herida grave con su hacha, trabajando en un gran tonel; esta herida fué de mal en peor, le acometió la calentura, y hé aquí que acaba de morir ese hombre en la flor de su edad.

Maese Martín se acercó á la desdichada mujer, que se deshacía en lágrimas y se quejaba de verse condenada á morir en la miseria.

—¡Cómo! exclamó Maese Martín, pues ¿qué idea os habéis formado de mí? ¡Vuestro marido se hirió en mi taller, y creéis

que os pueda yo abandonar? No; de aquí en adelante, sois de los nuestros. Mañana ó cuando queráis, enterraremos á vuestro pobre marido, y entonces vendréis con vuestros hijos á mi casa, donde he abierto un hermoso taller en que trabajo todos los días con mis compañeros. Tendréis cuidado de la casa y educaré á vuestros hijos como si fueran míos, y sabed también que recibo igualmente á vuestro anciano padre en mi casa; en otro tiempo era un buen tonelero, cuando tenía fuerza en el brazo; al presente, no puede manejar las duelas ni los aros, pero todavía puede servirse de su cepillo. En fin, vendrá con vos á mi casa.

Si Maese Martín no hubiera sostenido á la pobre mujer, el dolor y el agradecimiento la habrían hecho caer al suelo. Los más grandecitos de los niños se agarraban del jubón del tonelero, y los dos más chicos, á quienes Rosa había tomado en brazos, extendían hacia él sus manecitas como si hubiesen comprendido lo que pasaba. El anciano Paumgartner dijo sonriéndose, y con los ojos llenos de lágrimas: "Maese Martín, no se puede permanecer enojado con vos." En seguida se marchó á su casa.

DE QUÉ MANERA HICIERON CONOCIMIENTO LOS JO-

VENES COMPAÑEROS FEDERICO Y REINALDO.

En un prado cubierto de césped á que daban sombra algunos árboles gigantescos, estaba sentado un joven de agradable aspecto, llamado Federico. Habíase puesto el sol y el crepúsculo aun teñía de púrpura el horizonte. Veíase distintamente en lontananza la célebre ciudad imperial de Nuremberg que se dilataba en la llanura mostrando sus torres soberbias, cuyos domos dorados brillaban á las últimas luces de la tarde. Con el brazo apoyado sobre un saco de viaje, el joven compañero echaba una mirada tierna hacia la ciudad; en seguida cortó algunas flores dispérsas á su rededor en el césped y las deshojó al aire: paseó tristemente sus miradas á uno y otro lado, y algunas lágrimas brillaron en sus ojos. Por último, levantó la cabeza, extendió el brazo como si tratara de apoderarse de una imagen que-

rida, y cantó con voz armoniosa lo que sigue:

“Torno á verte, mi patria querida,  
Mi alma nunca jamás te dejó:  
¡Nazca pronto la aurora encendida;  
Bañe en luces la fuente y la flor!

¿A los placeres

Quieres luego lanzarte, alma mía?

Calma tu ardor;

Fuerte tú eres

Bien te asalte la loca alegría,

Bien el dolor.

Sé tú, crepúsculo, mi mensajero:

Lleva en tu dulce rayo postrero

Llanto y suspiros

A la que adora mi corazón;

Y si yo muero

Y te pregunta qué es de mi vida,

Dile en respuesta blanda y sentida:

“Murió de amor.”

Después de haber cantado, Federico tomó de su saco un pedazo de cera que calentó entre sus manos, y se puso á modelar en él una bellisima rosa perfectamente acabada en todas sus hojas. Cuando así trabajaba, aun solía murmurar algunas de las estrofas de su canción y, absorto en sus

pensamientos, no vió á un hermoso joven que, en pie tras él, llevaba largo rato de estar observándole en su trabajo.

—¡ Ah! exclamó este último al cabo: habéis hecho, amigo mío, una obra artística, encantadora.

Federico le miró con sorpresa; pero al descubrir su mirada expresiva y amistosa, creyó que le conocía de antemano, y le contestó sonriéndose: ¿Cómo podéis, señor, fijar la atención en una bagatela que me sirve de entretenimiento cuando viajo?

—¡ Dais, continuó el extranjero, el nombre de bagatela á una flor tan fielmente imitada de la naturaleza! Debéis ser un artista ejercitado, y os doy por ello doble enhorabuena. Al principio me habéis encantado con vuestra canción, y ahora admiro vuestra habilidad como modelador. ¿Adonde pensáis ir hoy?

—El fin de mi viaje, contestó Federico, se halla á nuestra vista; vuelvo á mi país natal, á la célebre ciudad de Nuremberg, Mas como el sol ya se puso, pasaré la noche en esta aldea; mañana al romper la aurora seguiré mi camino, y al medio día estaré en Nuremberg.

—¡Feliz encuentro! exclamó el desconocido con alegría. Debemos hacer el mismo camino, porque yo voy también á Nuremberg; pasaré la noche en esta aldea y mañana partiremos juntos. Por ahora plati-quemos un poco.

A estas palabras, Reinaldo (así se llamaba el extranjero) sentóse cerca de Federico y continuó: “¿No es cierto que yo no me equivoco y que sois un hábil fundidor? Lo conozco por lo que acabáis de hacer: ¿dónde trabajáis en oro y plata?”

Federico bajó los ojos con aire triste y dijo con humildad: “¡Ah, querido señor, me eleváis más arriba de lo que yo merezco! Os diré con franqueza que he aprendido el oficio de tonelero y que me voy á Nuremberg á trabajar en la casa de un célebre maestro. Estoy cierto de que me vais á despreciar al saber que yo no puedo modelar ni fundir hermosas estatuas, sino poner únicamente los aros sobre las duelas.

Reinaldo, riéndose estrepitosamente, exclamó; “En efecto, es muy divertido esto. ¿Os había de despreciar porque sois tonelero? Yo mismo no tengo otro oficio.”

Federico le miró sorprendido, no sabien-

do lo que debería creer, pues el traje de Reinaldo nada tenía de común con el traje de un artesano que viaja. Su jubón de paño negro fino, guarnecido de cintas de terciopelo, su gorguera elegante, su corta y aucha espada, su gorra, sobre la cual ondeaba una prolongada pluma, indicaban un rico mercader, y, sin embargo, en la fisonomía y en el conjunto del joven, no sé qué había que obligaba á no considerarle como tal mercader.

Reinaldo conoció las dudas de Federico, y abriendo su saco de viaje, sacó de él su mandil y su hacha de tonelero, diciendo: “Mira, amigo mío, mira todo esto. ¿Dudas aún que yo sea tu camarada? Ya veo que mi vestido te hace vacilar; pero yo vengo de Estrasburgo, donde los toneleros se visten lo mismo que los gentiles hombres. A la verdad, lo mismo que tú, yo tenía deseos de dedicarme á cualquiera otra cosa, pero al presente veo el oficio de tonelero como el más noble de todos, y en él fundo seductoras esperanzas. ¿No sucede lo mismo contigo? Pero me parece que una nube sombría se ha puesto sobre tu juventud brillante y turba tus miradas. La canción que ha-

ce poco entonabas, está llena de dolorosos deseos, y tenía notas musicales que hallaban eco en mí, haciendo que mi corazón adivinase todo aquello que parecía oculto en el tuyo. Este es un motivo de más para que tengas confianza en mí; por otra parte, ¿no seremos excelentes compañeros en Nuremberg?

Reinaldo pasó su brazo alrededor de la cintura de Federico, mirándole amistosamente.

Federico le contestó: “Mientras más te veo, excelente camarada, me siento más atraído hacia tí, y tu voz resuena en mi corazón como el eco de un espíritu bienhechor. Quiero, pues, decírtelo todo, no porque un infeliz como yo, tenga secretos importantes que confiar, sino con el fin de que el seno de un amigo fiel se abra á mis dolores, ya que desde el primer momento en que nos conocimos te consideraré como verdadero amigo. Soy, pues, tonelero, y oso enorgullecerme de conocer bien mi oficio; pero desde la infancia me siento atraído hacia un trabajo más hermoso. Quería llegar á ser un gran maestro en escultura ó cinceladura, como Pedro Fischer ó el italiano

Benvenuto Cellini. Trabajaba yo con ardor en casa de Juan Holzschuer, el célebre cincelador de mi país que, sin ser escultor, me daba, sin embargo, excelentes lecciones. En su habitación veía frecuentemente á Maese Tobías Martín el tonelero, con su hija, la encantadora Rosa. Sin que lo conociese llegué á estar enamorado. Dejé mi ciudad natal y fuime á Augsburgo para perfeccionarme en mi arte; pero me hallaba dominado por los fuegos de mi amor. No veía ni oía sino á Rosa, y todas las tentativas que no podían conducirme á la dicha de poseerla, me causaban la mayor y más amarga repugnancia. Escogí el solo camino que podía llevarme á este fin. Maese Martín no quiere dar su hija sino al tonelero que ejecute su obra maestra en su casa, y que, además, sea del gusto de Rosa. Abandoné mi primera profesión y me dediqué á la de tonelero. Al presente voy á Nuremberg á trabajar en la casa de Maese Martín; pero en este momento, al ver ante mis ojos mi ciudad natal, y cuando la imagen de Rosa se me aparece tan risueña, no experimento sino duda, temor y ansiedad, á causa de que palpo lo descabellado de mi empresa. Sé yó, por

ventura, si Rosa me ama, y si me podrá amar algún día?”

Reinaldo había oído la historia de Federico, no sin una atención siempre creciente. Apoyó su cabeza en su brazo, y poniendo una de sus manos sobre sus ojos, preguntó con voz sorda: “¿Nunca os ha dado Rosa la más leve muestra de amor?”

—¡Ay! contestó Federico; cuando yo salí de Nuremberg, Rosa era una niña; me veía con gusto, es cierto, y hasta se sonreía cuando despojaba de sus flores el jardín de Holzschuer para tejerle coronas; pero....

—¡Vamos! no hay que perder toda esperanza, exclamó Reinaldo con una voz tan impetuosa que espantó á Federico. Diciendo estas palabras, se levantó, su espada resonó en sus flancos, y la sombría luz de las estrellas, cayendo sobre su rostro pálido, dió á sus facciones, tan dulces hacía poco, una expresión siniestra.

Federico le dijo con angustia: “¿Qué os ha acontecido?” Levantóse también, y al retroceder, tocó uno de sus pies el saco de viaje de Reinaldo, y salió de él una nota musical. Reinaldo exclamó encolerizado: “No rompáis mi laúd, gran pícaro.”

El instrumento estaba atado al saco. Reinaldo desató las correas y agarró las cuerdas con tal violencia como si quisiese romperlas; pero poco á poco la música se fué haciendo dulce y melodiosa. “Vamos, dijo cordialmente, vamos, querido hermano, á la ciudad; tengo en mis manos un excelente medio de rechazar á los malos espíritus que pudieran hallarse en nuestro camino esperándonos, particularmente á mí.

—¿Qué tenemos nosotros de común con los malos espíritus? Me agrada oír tu música; te ruego que continúes tocando.

Brillaban las estrellas bajo la bóveda del cielo; la brisa de la noche murmuraba en el valle embalsamado; las cañas suspiraban bajo el follaje casi seco de los árboles. Federico y Reinaldo bajaron á la llanura tocando y cantando, y su voz expresiva y llena de amor se desvanecía en los aires. Cuando hubieron llegado á la hostería, Reinaldo, haciendo á un lado con vivacidad su laúd y su saco de viaje, dió un estrecho abrazo á Federico, y éste notó que los ojos de su compañero estaban llenos de lágrimas.

CÓMO FUERON RECIBIDOS AMBOS APRENDICES

EN LA CASA DE MAESE MARTIN.

A la mañana siguiente Federico, al despertar, no vió á su nuevo amigo, quien se había echado la noche antes á su lado y sobre un montón de paja; como no vió, además ni su laúd ni su saco de viaje, creyó que Reinaldo habría tomado diverso camino. Pero al salir de la casa vióle venir hacia él, con el saco á la espalda y el laúd bajo el brazo, vestido de muy diverso modo que la víspera. Se había quitado la espada y la pluma de su gorra, y en vez de su elegante jubón de terciopelo llevaba una levita común de paisano, de color oseuro. “Ahora bien, exclamó alegremente Reinaldo, ¿me ves ya como á verdadero camarada? Pero oye; para enamorado has dormido mucho; mira á qué altura está el sol sobre el horizonte. Aprésurémonos á partir.

Federico, reconcentrado en sí mismo,

quedaba silencioso, respondiendo apenas á las preguntas de Reinaldo y tomando poca parte en sus chanzas y bromas.

Reinaldo saltaba alegremente acá y allá, cantaba y arrojaba al aire su gorra, pero, á medida que se iban aproximando á la ciudad, fuese quedando más y más silencioso.

Al llegar cerca de la puerta de Nuremberg, Federico le dijo: “Me siento de tal modo indispuerto que no puedo caminar más; descansémos uu momento bajo estos árboles.” Y se echó sobre el césped.

Cerca de él sentóse Reinaldo y le dijo: “Anoche, querido camarada, he debido parecerte muy raro; pero cuando me hablabas de tu amor, cuando te pintabas tan desgraciado, me pasaban por las mientes mil ideas tontas que hubieran turbado mi razón si tu canto y mi laúd no hubiesen arrojado á los espíritus infernales. Esta mañana al levantarme, todos los fantasmas habían desaparecido á los primeros rayos del sol, y recobré mi alegría natural. Corrí fuera de la casa, vagné por debajo de los árboles y me vinieron mil agradables pensamientos. Pensaba con gusto en que te había encontrado y en el afecto que desde luego me inspiras-